

mente con su antigua afición a jugar a los soldados (1).

Algunas reformas religiosas poco meditadas; la manera brutal con que trataba a los generales y empleados de mayor consideración; la preferencia que en todo daba a sus innumerables parientes del Holstein, que por entonces acudieron a Rusia para recibir dinero y honores; su odio a los regimientos de la guardia; el menosprecio que hacia de los usos y costumbres de Rusia; el insensato plan de una guerra contra Dinamarca, y los desórdenes a que se entregaba cada día mas, todo contribuyó a que la opinión pública se levantara contra él y a que la emperatriz Catalina se conquistara gran número de partidarios.

Entre los representantes de las potencias europeas, reinó muy pronto la mas profunda indignación motivada por la conducta del emperador. Parecía absurdo que se exigiera de los embajadores que distinguieran de un modo extraordinario al príncipe Jorge de Holstein, tío del emperador; y con este motivo ocurrió un ruidoso incidente entre el embajador francés Breteuil y algunos otros miembros del cuerpo diplomático. Pedro puso al gobierno inglés en un grave compromiso, apresurándose a participar al embajador prusiano, Goltz, las confidencias que lord Bute había hecho al embajador ruso en Londres (2). Ofendió también al embajador austriaco, Mercy Argenteau, no solo siguiendo una política eminentemente prusiana, sino por el modo pueril con que manifestaba públicamente su entusiasmo hacia Federico, llegando las cosas a un punto tal que Mercy se fingía enfermo cada vez que debía presentarse en la corte y que solicitó de su gobierno le relevara de sus funciones.

Mercy, en sus despachos, censura las escasas cualidades personales del emperador, su incapacidad para pensar y reflexionar y su absurda conducta, notando cuán extravagantes y poco decentes eran las expresiones, el porte y el proceder del emperador. El episodio que nos refiere Mercy de que Pedro III quiso de noche echar a su favorita la señorita Woronzoff de las habitaciones que ocupaba, se encuentra confirmado en las narraciones de otros contemporáneos (3). El mismo Mercy cuenta que ya en febrero, durante las comidas del emperador, se olvidaban cada día mas las leyes del decoro, reinando en ellas un desorden y una disolución completas. «Su ignorancia absoluta, añade, y las preocupaciones en él profundamente arraigadas hacían completamente ridículo su deseo de imitar a Federico el Grande en lo de no celebrar consejo general de ministros, sino tratar y resolver los asuntos con cada uno de ellos separadamente. Con un carácter de esta especie, fácilmente pueden comprenderse el desorden y los absurdos que debían resultar.» En una carta del embajador a María Teresa se decía que era sensible que Pedro III no poseyera las dotes siquiera de un mediano hombre de Estado y que a pesar de esta falta, se considerara todavía como «un gran militar.» Mercy refiere al conde Kaunitz lo que había acontecido en una cena, durante la cual el emperador había manifestado de un modo expresivo y gritando con toda la fuerza de sus pulmones el alto aprecio en que tenía al rey de Prusia, añadiendo que a fuerza de hablar, fumar y beber se había «extraviado por completo» llegando a tratar de un modo brusco al embajador francés Breteuil. Habla también de embriaguez y de muecas. En otro pasaje, llama a Pedro «príncipe ignorante é irreflexivo;» dice que «no había que esperar nada bueno de un gobierno tan loco»; y que desgraciadamente no se arrepenti

(1) *Documentos de la Sociedad moscovita de historia y antigüedades*, 1866, IV. Miscelánea, pág. 98.

(2) Ssolowief, XXV, 55.

(3) *Memorias de Raumer*, III, 301-302.

ria de sus faltas sino cuando ya fuese demasiado tarde (4).

Mercy pudo también decir algo de la indignación general que en las esferas rusas causaba la conducta de Pedro. El canciller Woronzoff manifestó, con lágrimas en los ojos, delante de Mercy, su deseo de abandonar el territorio. Otro dignatario, refiriendo las faltas cometidas por Pedro, sentía que Isabel no hubiese evitado al país aquella calamidad, enviando oportunamente a Pedro al extranjero. Con prolijos detalles narra Mercy los funestos efectos que produjeron las ordenanzas de Pedro referentes a la secularización de los bienes del clero. En 28 de mayo escribía Mercy: «La nación rusa, desde el mas grande al mas pequeño, está profundamente descontenta del insensato gobierno del Czar, pero hasta ahora todos permanecen tranquilos.» Poco despues decía que la situación interior ofrecía tantos peligros que quizá el emperador no podría llevar adelante sus planes de guerra contra Dinamarca (5).

También el embajador francés Breteuil contó muchos pormenores acerca de la «humillante escena» en que Pedro, presa de la embriaguez y con balbucientes frases, dijo al embajador de Prusia: «¡Bebamos a la salud de nuestro señor! Se ha mostrado bondadoso conmigo, decía, y me ha confiado el mando de un regimiento a su servicio. Yo espero que no me lo quitará, etc.» Breteuil habla del desorden, de la falta de dinero, de la inmoralidad que en la corte reinaban: «de palabra, decía el embajador francés, hacia Pedro mucho, pero al tratarse de obras se mostraba perezoso.» «Todos estaban descontentos, escribe, pero dado el estado de esclavitud general, nadie se atrevía a emprender nada (6).»

En igual tono se expresa Brühl, el cual refiere la demoralización y la falta completa de tacto y de talento político que en Pedro se notaban. Despues de algunas observaciones acerca del continuo beber y del incesante hablar de Pedro, dice: «Desde las siete ó las ocho de la mañana hasta las dos ó las tres de la tarde, es presa de una excitación constante... podría enterarse de todo sin privarse por ello de ningún placer; pero ese método de vida exige además de fuerzas corporales, mucha fuerza moral y es superior a menudo a las fuerzas del hombre.» A esta pueden agregarse otras narraciones que demuestran cuán poco sabía dominarse el emperador y varias anécdotas acerca de las ofensas que infería a los mas altos funcionarios. La monarquía, observa Brühl, ha sido vencida por el principio del despotismo. Sin embargo, no parecía probable una crisis, pues no era cosa tan fácil encontrar quien se atreviese a exponerse a los exabruptos de Pedro. Se murmuraba y censuraba en silencio; pero no se iba mas allá; y si amenazaba al emperador algún golpe de Estado, observa Brühl, no era probable que saliese del seno de su familia, siendo mas de temer de parte del emperador Ivan (7).

Quizá pueda objetarse que Mercy, Breteuil y Brühl, como representantes de aquellas potencias a las cuales mas perjudicaba el cambio que en la política exterior se había realizado en Rusia al advenimiento de Pedro III al trono, hablan con cierta parcialidad y exageran sus faltas y sus debilidades, y que en cambio el embajador inglés, Keit, refiere algunos hechos en alabanza de Pedro (8). También Federico el Grande había hablado de las «cualidades extra-

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 50, 119, 141, 179, 189-190, 216, 289.

(5) Véanse las observaciones de Mercy, en el tomo XVIII del *Sbornik*, en mi trabajo *Historia de Pedro III y de Catalina II*, inserto en la *Revista rusa*, XI, 5.

(6) *Memorias de Raumer*, III, 304. *La Corte de Rusia*, pág. 190.

(7) Herrmann, V, 256.

(8) *La Corte de Rusia*, pág. 180.

ordinarias» de su amigo y aliado, escribiendo al marqués d'Argens: «El emperador ruso es un hombre divino, a quien yo debo erigir altares.» Pero esta alabanza dirigida al emperador Pedro por el rey de Prusia debe ser tenida por sospechosa, pues que el advenimiento de Pedro al trono significaba la salvación para la Prusia, y el embajador prusiano Goltz debilitaba con su influencia en la corte rusa toda la actividad de los demás diplomáticos. Tampoco hemos de dar importancia alguna a las narraciones de los que posteriormente fueron enemigos de Catalina, tales como Castera, Helbig, etc., que solo de lejos pudieron presenciar los acontecimientos de aquella época; mientras que los contemporáneos, como Szczerbatoff, la princesa Dashkaw, Bolotoff, etc., no encuentran palabras para describir la lamentable conducta de Pedro y de su gobierno. Szczerbatoff observa que Pedro hubiera tenido un buen corazón a ser posible tenerlo careciendo de juicio y de moralidad; y despues de hacer semejante afirmación este enemigo de Catalina describe con negros colores la decadencia del imperio durante el reinado de Pedro (1). Munnich, al describir el gobierno de Pedro, no se muestra nada favorable a este, haciendo observar que el emperador dependía de las opiniones de Wolkoff, hombre de mucho talento pero artificioso y poco digno de que en él se depositara confianza (2).

Ninguna sorpresa debe causar que la política puramente personal del emperador en favor de Prusia disgustase a los rusos. Durante muchos años, la opinión pública, dentro del límite en que podía existir en Rusia, se había acostumbrado a la idea de que Federico el Grande era enemigo de los rusos, y a la sazón, de repente, se veía al imperio a remolque de la política prusiana, pareciendo que el emperador quería desempeñar, respecto del rey, el papel de vasallo. Este brusco cambio de la política exterior de Rusia sublevó el sentimiento nacional, especialmente en las esferas militares. Las manifestaciones del canciller Woronzoff no produjeron resultado alguno; había perdido toda su influencia, pero su falta de carácter y las desfavorables condiciones en que personalmente se encontraba le obligaron a encerrarse en una oposición pasiva, sin abandonar, por eso, su puesto. Ivan Schuwaloff apenas gozaba de influencia alguna; había sabido contentarse con la dirección de los establecimientos de enseñanza, y era tenido por los extranjeros, tales como Goltz, Schwerin y otros, por conspirador secreto, cuando ni siquiera merecía el calificativo de murmurador del gobierno. Los mismos Melgunoff y Wolkoff, que gozaban de la confianza de Pedro, eran considerados, por el diplomático prusiano, como enemigos del sistema de amistad con Alemania que seguía el emperador.

En los círculos eclesiásticos dominaba un espíritu levantisco. Goltz refiere que algunos dignatarios de la Iglesia habían redactado una petición que, en tono de oposición, censuraba algunas reformas y que tenía el carácter de una verdadera protesta. Pretendía saber además, el embajador prusiano, que el clero, en distintas partes del imperio, excitaba al pueblo a que se levantara contra el gobierno del odiado emperador.

Mas peligroso todavía era el descontento de los oficiales y soldados motivado por la introducción en el ejército ruso de la disciplina prusiana; y además se censuraba que el tío del emperador, el príncipe Jorge de Holstein, que no era ninguna autoridad militar y que no había prestado servicio

(1) *Russkaja Starina*, II, 116, y III, 675.

(2) Munnich, *Bosquejo para formarse una idea de la forma de gobierno en Rusia*, pág. 183: «La forma de gobierno en tiempo de Pedro III consistía en aquello que a Wolkoff parecía conveniente.»

alguno, estuviese investido del poder supremo sobre el ejército de Rusia. El rey manifestaba odio y desprecio a los regimientos de la guardia, a los cuales llamaba genizaros, y cuya situación era muy parecida a la de los strelitzs en tiempo de Pedro el Grande; pero así como este, con su talento y energía supo encontrar los medios de dominar a aquellos militares cuando se rebelaban, Pedro III, que carecía de tales condiciones morales, podía muy bien sucumbir a la primera sublevación del ejército. Los contemporáneos refieren el mal efecto que produjo el ver al emperador jugar a los soldados, obligando a los mas altos dignatarios del ejército, a los ancianos inválidos a tomar parte en semejantes juegos. Así, por ejemplo, se veía al anciano príncipe Nikita Trubetzkoi marchar al frente de los soldados vestido de gran uniforme, y el conde Cirilo Rasumowsky hubo de consentir que un oficial alemán le enseñara las prácticas prusianas, a fin de poder formar en orden de parada: su hermano, el conde Alejo, para librarse de estas vejaciones licenció a toda su gente y se retiró a la vida privada.

La conducta burlesca del emperador, y su afición a todo lo que era bufo, excitaron tanto mas la indignación general, cuanto que él mismo daba con mucha frecuencia ocasión a que el público se enterase de su conducta, indigna de un emperador. Una escritura contemporánea refiere todas las necedades cometidas por Pedro y observa que nunca guardó la dignidad que a un príncipe corresponde. Bolotoff explica, como testigo presencial, la mala impresión que solían producir las bromas groseras, los desordenados banquetes, y la vida desarreglada del emperador, y refiere que, estando de cuerpo presente la emperatriz Isabel, pasaba las noches en compañía de indignos cortesanos, cantatrices y bailarinas; que, con su indiscreción, hacia objeto de conversación los altos secretos de Estado, y que desde lejos se oía la robusta voz del emperador que no cesaba un momento de hablar. Bolotoff, como ayudante que era del jefe de policía, general Korff, presenció muchas veces las orgías de Pedro, el cual, sentado a la mesa, se excedía en el placer de beberse algunas botellas de cerveza inglesa. Observa también Bolotoff que todos se avergonzaban de la indecente conversación que tenía el emperador en la mesa, delante de los embajadores extranjeros, que habían de oírlo necesariamente. Algunas veces, añade, sabía Pedro cómo debía conducirse para evitar tan indignas escenas. Una vez aconteció que todos los comensales se levantaron de la mesa y se fueron al jardín a jugar como chiquillos, batiendo palmas, saltando sobre un pie, golpeándose con la rodilla, gritando, etc. (3).

«Era aquella una época muy crítica, escribe Bolotow: temíase que estallara un motín, principalmente por parte de la indignada guardia.»

Y en «aquella época crítica» pensaba Pedro en pasar al extranjero para dirigir las operaciones de su ejército contra Dinamarca. No es, pues, de extrañar que los que deseaban larga duración al reinado del aliado de Prusia hiciesen todos los esfuerzos imaginables para detener al emperador en Rusia y evitar aquel viaje. Los diplomáticos prusianos, Goltz y Schwerin, escribieron al rey que Pedro estaba rodeado de traidores, los cuales querían el viaje para tenerle lejos; pero sus esfuerzos para disuadir al emperador de su intento de tomar parte en la guerra no tuvieron éxito alguno, por lo

(3) Véanse las *Memorias* de Bolotoff, como apéndice de la *Russkaja Starina*, 1870, II, 197. Como prueba del ingenio de Pedro véase en la *Historia de Pedro III*, Londres, 1774, la siguiente anécdota: en cierta ocasión pronunció el siguiente brindis, en forma de acertijo: *живан tres veces tres!* refiriéndose a Pedro III, Jorge III y a Federico III!: en vano se le hizo presente que el número del último monarca no era exacto: los 3x3 aparecieron en un castillo de fuegos artificiales.

cual escribía en abril Schwerin al rey: «Nadie en el mundo, excepto V. M., es capaz de disuadir al emperador de este peligroso viaje. Una carta de V. M., en la cual se le aconseje que permanezca en Rusia, le inducirá a variar de resolución.» Lo propio escribía después Goltz, añadiendo que á lo menos debía Pedro antes de partir para el extranjero hacerse coronar.

A consecuencia de esto, escribió Federico á Pedro preguntándole si él en persona se pondría al frente del ejército ó si daría el mando de las tropas á un general, añadiendo que, aun cuando no tenía ningún derecho para mezclarse en los asuntos del emperador ni «para meter la nariz en todo,» le hablaba, no como príncipe, sino como particular, como amigo que no podía ocultar al amigo sus pensamientos. «Digo, pues, escribía Federico, que deseo vivamente que V. M. se haga coronar, porque esta solemnidad impone al pueblo, que está acostumbrado á ver coronar á sus soberanos. Añadiré francamente que no tengo mucha confianza en los rusos. cualquiera otra nación daría gracias al cielo por poseer un príncipe adornado de tan excepcionales dotes, pero ¿saben por ventura los rusos apreciar debidamente su dicha? ¿No puede la condenada corruptibilidad de cualquier hombre privado formar una facción ó conjuración á favor del príncipe de Brunswick? ¿Se acuerda V. M. de lo que aconteció durante la primera ausencia de Pedro I, cuando su propia hermana conspiró contra él? Considere V. M. cuán posible es que cualquier infeliz, cualquier sedicioso intrigue para sentar en el trono á Ivan y que, con la ayuda de capitales extranjeros, ese Ivan logre evadirse de la cárcel, reúna á su alrededor tropas y otros desdichados. En este caso ¿no se verá V. M. obligado á precipitar el feliz curso de las operaciones de guerra contra Dinamarca para apagar el incendio que hubiera estallado en su propia casa? Esta idea me hace temblar y toda mi vida sentiría remordimientos si no la expusiera á la consideración de V. M. Yo me encuentro aquí en Alemania; no conozco esa corte, no sé en quién tiene V. M. puesta su confianza, quién le parece sospechoso; pero la profunda mirada de V. M. debe enseñarle á conocer quién merece y quién no su desconfianza... Si V. M. quiere, en los comienzos de su gobierno, alejarse del imperio, debe prevenir y evitar las desgracias que durante su ausencia pueden ocurrir, llevándose consigo ó alejando del imperio á todos los sediciosos y á las personas que podrían llevar á cabo una rebelión. Tampoco dudo de que dejará V. M. un buen gobernante, pudiéndose para ello fiar de los de Holstein y Livonia, los cuales vigilarán atentamente y sabrán reprimir el menor movimiento que trate de iniciarse, etc. etc.»

De esta manera venía Federico á predecir que el reinado de Pedro sería de corta duración. Sus consejos fueron inútiles: no en vano había dicho ya Catalina que su esposo era tan discreto como un cañonazo. Apenas recibió el emperador la carta de Federico, cuando fué bastante necio para decir al conde Ivan Schuwaloff, á quien los embajadores prusianos tenían por conspirador, que el rey le aconsejaba alejar de San Petersburgo, durante el tiempo de su ausencia, á todas las personas que le parecían sospechosas; y poco después Schuwaloff recibió, por conducto de Melgunoff, la orden de tomar parte, como voluntario, en la expedición (1).

El emperador, en el tono de la más íntima confianza, escribió á Federico que no había motivo para abrigar temor alguno; que no había tiempo para la coronación y que el ex-emperador Ivan estaba bien custodiado. «Si los rusos, decía Pedro, no me quisieran bien, me hubieran podido atacar hace mucho tiempo, porque nunca me cuido de mi

(1) Ssolowieff, XXV, pág.

seguridad, pongo mi vida bajo el amparo de Dios y recorro á pié las calles, como puede testificarlo Goltz. El que sabe llevar bien á los rusos puede estar seguro entre ellos, etc. (2)»

Con razón opinaba Federico que graves peligros amenazaban al gobierno del emperador Pedro, equivocándose tan solo en el punto de donde tales peligros podían proceder. El infeliz preso de Schusselburgo, el ex-emperador Ivan, no podía ser peligroso para el emperador Pedro. Cuando el conde Brühl habló á este de la posibilidad de que estallara una rebelión en pro de aquel pretendiente, el emperador hubiera debido ponerle en libertad y enviarle á Brunswick; no lo hizo así; pero visitó al preso en Schluselburgo, procuró dulcificar su suerte y quiso edificarle una casa. Se ha dicho y creído por algunos que Pedro concibió la idea de adoptar á Ivan y declararle su sucesor en el trono, encerrando á Catalina y á Pablo en la casa que se había de construir; pero esos rumores no merecen crédito alguno (3).

El peligro que amenazaba á Pedro procedía de otra parte: Mercy y Breteuil ya lo previeron: Brühl y Federico fueron menos previsores y no sospecharon nunca que Catalina preparaba algo contra su esposo.

Catalina, tratando de la brutalidad, de las pasiones y de la ligereza de Pedro, escribe: «El peor enemigo de Pedro III es él mismo; ¡tan inmoral es su conducta! (4)» Sin sospecharlo, estaba el emperador abocado á su ruina, mientras, como observa un contemporáneo, fuera de una docena de cortesanos, no había un ruso que no pensara en un cambio de gobierno (5).

No cabe duda alguna de que Catalina vivía en constante peligro y de que su empresa contra Pedro fué, en cierto modo, hija de la necesidad.

Entre los contemporáneos se tiene por incontestable que Pedro intentaba repudiar á Catalina, declarar ilegítimo á su hijo y casarse con Isabel Woronzoff (6); no es, sin embargo, probable, como pretenden algunos, que esta fuera la verdadera causa de que la opinión pública se manifestara contra Pedro (7). En cambio, sabemos que en los círculos íntimos de la emperatriz se conocía el peligro que á esta amenazaba y de aquí que se pensara en evitarlo con un golpe de mano.

La misma Catalina rectifica algunos de esos detalles anecdóticos. Denina, en su obra sobre Federico el Grande, publicada en 1788, dice que Pedro había obligado á su esposa á ceñir con su propia mano á la condesa Isabel la banda de Catalina, humillación que ésta consideró como la mayor de cuantas había sufrido: Catalina puso al margen del libro: «Nunca obligó á la emperatriz á ceñir la banda á la condesa de Woronzoff; él mismo se tomó esa molestia. El emperador pensaba casarse con ella y en la misma tarde en que le fué ceñida la banda de aquella orden, mandó á su ayudante Barjatinsky, que después fué embajador en Francia, que arrestara á la emperatriz en sus habitaciones. Consternado Barjatinsky vaciló en cumplir el mandato y no sabía qué hacer cuando encontró en la antesala al príncipe Jorge de Holstein, tío del emperador. Contóle entonces lo que ocurría y el príncipe corrió á echarse á los piés del empera-

(2) *Russkaja Starina*, II, 306-307.

(3) Coxe, Castera y otros. Véanse también las *Memorias* de Ssablukow sobre el reinado de Pablo, en el *Archivo ruso*, 1869, pág. 1891.

(4) Véanse las observaciones á Denina en el *Archivo ruso*, 1878, II, 288. Sus narraciones acerca de los castigos corporales de Naryschkin, Melgunoff y Wolkoff en presencia de toda la corte están confirmadas por las de otros contemporáneos.

(5) *El pro y el contra de Pedro III, emperador de Rusia*, pág. 7.

(6) Castera, I, 83, *Notable historia de Pedro III*, Francfort y Leipzig, 1763, pág. 37.

(7) *Idem*, *idem*, pág. 193 y 292.

dor rogándole encarecidamente que diese contraórden (1).»

La relación de Catalina fué escrita cerca de una generación después del hecho, acaecido en 1762, y nada contiene que se contradiga con otras relaciones; pero tampoco está confirmada en sus detalles, por las relaciones de otros contemporáneos, y esto se explica por el carácter episódico del suceso. Lo que generalmente se creía era que á la emperatriz la amenazaba algún peligro.

La condesa Woronzoff se vió condecorada con la banda de la orden de Catalina pocos días antes del cambio ocurrido en 28 de junio. Un testigo de mayor excepción, que presencié los sucesos de aquellos días, el joyero Panzié, dice acerca de ello lo siguiente:

«El emperador se dirigió á Oranienbaum y dió órden á la emperatriz de que no se moviera de Peterhof: á su lado quedaron seis camaristas, dos gentiles-hombres de cámara y el pequeño gran duque, su hijo, mientras el emperador se llevó consigo á su favorita, á las damas más hermosas de la corte y á la flor de la nobleza, que murmuraban por tener

que abandonar á la emperatriz, á la cual tanto amor profesaban: también Catalina sintió bastante quedarse, por decirlo así, sola en su destierro.

«El emperador quería instalar un teatro de aficionados y me mandó llamar á Oranienbaum; acudí y me exigió que asistiera á los preparativos. Antes de la representación, ví los ejercicios de las tropas de Holstein y un combate naval entre dos pequeñas galeras en un estanque. Aquello me produjo el efecto de un teatro de polichinelas; pero el emperador estaba encantado de aquellas maniobras que excitaban la indignación de la nobleza y de la guardia.

«En la mesa, me senté al lado de la esposa del canciller Woronzoff y le pregunté qué pensaba de todo aquello, diciéndole que yo no estaba tranquilo y temía que iba á suceder algo espantoso. La condesa me dió la razón y apenas pudo contener las lágrimas. Después de comer hubo de asistir á la representación de la comedia: el emperador estaba en la orquesta y tocaba: constantemente estuve mirando á la emperatriz que me parecía estar muy afligida, y que dirigía



El palacio de Oranienbaum. Reduccion de un grabado anónimo del siglo XVIII

continuas miradas al bufón. Después de la representación mandóme la emperatriz entrar en sus habitaciones, pretextando que quería hacerme algunos encargos. Dirígeme, pues, allí no sin procurar que no me viera ningún favorito ni camarista, pues la situación era tal que estaba irremisiblemente perdido si el emperador llegaba á tener noticia de la visita á la emperatriz. Esta me dijo que había roto la banda de la orden de Catalina y me encargó que la compusiera. En el mismo día debía presentarse la condesa Woronzoff con la banda que le había regalado el emperador. Hice notar entonces á la emperatriz que su esposo tomaría á mal que se sentase á la mesa sin llevar puesta aquella prenda. «Está bien, dijo Catalina, dejádmela y venid por ella más tarde.» Mientras esto sucedía, supo Panzié, por el camino de Peterhof, el cambio brusco que había ocurrido (2).

(1) *Archivo ruso*, 1878, II, 368.

(2) Véase la relación de Panzié que hemos extractado en la *Russkaja Starina*, I, 212-216. La redacción de la Revista hace notar las contradicciones cronológicas y las correcciones de esta narración, por otra parte, muy verídica. La representación tuvo efecto una semana antes del manifiesto del emperador (29 de junio), es decir en 22 de junio, y Panzié fia el golpe de Estado en el siguiente día (23), cuando Pedro cayó el 28.

De los últimos días que precedieron al golpe de Estado, se sabe muy poca cosa. El 26 de junio se encontraba Catalina en Oranienbaum; comióse en la sala japonesa del palacio y en el teatro de la Opera se daba un baile de máscaras. Al día siguiente el conde Alejo Rasumowsky daba en su posesión de Costiliza, cerca de Oranienbaum, una fiesta á la cual asistieron Pedro y Catalina, que se vieron por última vez aquella tarde. El emperador regresó á Oranienbaum y la emperatriz se dirigió á Peterhof (3): pocas horas después sobreviene la catástrofe.

Los contemporáneos afirman que, por aquellos días, aumentaron extraordinariamente los peligros que amenazaban á la emperatriz. Decíase que el manifiesto que había de hacer público el arresto de Catalina y de Pablo estaba ya redactado y que se había fijado, como fecha de su promulgación, el 29 de junio (4). Según otras opiniones, en la misma noche en que estalló la revolución, Catalina debía ser llevada á un convento y el emperador debía casarse con la Woron-

(3) Relación de un testigo presencial, la señora Sagrjashsky, en la *Ilustración, Siglo diez y ocho*, II, 454.

(4) Ssablukoff, en el *Archivo ruso*, 1869, pág. 1890.